

**EDITADO POR  
PRENSA ESPAÑOLA,  
SOCIEDAD ANONIMA  
M A D R I D**

# ABC

**REDACCION,  
ADMINISTRACION  
Y TALLERES:  
SERRANO, 61-MADRID**

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

**E**N Madrid abunda el ingenio. Por trágico que sea un suceso, se convier-

te al poco tiempo en pretexto de abundantes chascarrillos. Este buen humor madrileño «quita hierro», hace disminuir la tensión.

En plena guerra nacional fueron unificadas y uniformadas por el Régimen las fuerzas políticas; se creó el Movimiento como cauce unitario y fueron proscritos los partidos políticos. Desde entonces hizo falta mucho ingenio para, sin atentar a los Principios, defender con otras palabras la idea de que se regula oficialmente el modo de participar en los asuntos públicos a través de asociaciones, grupos o tendencias.

El último hallazgo verbal del genio madrileño ha sido el llamar a eso «familias políticas». La nueva expresión tiene inconvenientes: la imprecisión, el dar pie a nuevos equívocos. Pero, por otra parte, tiene gracia y, sobre todo, sentido. Convierta en amable, casero y de fácil comprensión para cualquier persona algo que no goza en general de gran estima: la idea de «grupos».

Una de las ventajas de las organizaciones políticas es que a ellas se apunta el que quiere, y si son varias, se puede escoger. Por el contrario, cuando de «familias» se trata, el confusionismo creado es grande, porque no siempre resulta fácil saber quién está con quién y en qué momento un político cambia de «familia».

En buena hora y en óptimo lugar el presidente Arias Navarro ha expuesto el deseo del Gobierno de que puedan comparecer, sin tardanza, en la vida política nacional las entidades asociativas que sean reconocidas.

La realización de este propósito gubernamental será un paso decisivo para la «concordia en la participación» de todos los españoles, para el buen hacer entre «la clase política» del país y para evitar que proliferen más de la cuenta nuevas «familias políticas».

Yo entiendo la alegría de muchas personas a que una familia —cuyo vínculo es de sangre— sea confundida con un grupo de presión política solamente porque hayan salido con afición a la cosa pública uno o varios de sus miembros. En mi tierra, Cataluña, se ha considerado como una desgracia el que a una familia le saliese un hijo aficionado a la política. He contado repetidas veces el escándalo que hubo en mi propia familia —de tradición industrial y bancaria— cuando mi padre, primogénito de diez hijos, se dedicó a la política, a la investigación y a la enseñanza.

El estatuto del derecho de asociación parece pondrá fin a la aparición de «familias» o de grupos políticos innominados. Se comprende ahora que no faltan razones a los comentaristas de ciertos diarios —como, por ejemplo, el de «Ya»— cuando escriben que los españoles con aire tecnocrático dedicados a la política —que tienen en el profesor Laureano López Rodó un indiscutible jefe de fila— ingresaron como grupo en el Poder en 1957 y han trabajado allí hasta 1974. Pero tienen toda la razón quienes se niegan a ser incluidos en una «familia política» con la que no tienen ni quieren tener parentesco alguno en la vida pública.

Me encuentro personalmente entre los que consideran que López Rodó posee muchas cualidades y ha rendido grandes servicios al país. Ahora que no está en el Poder me complazco reconocer públicamente lo que no he dicho antes: que López Rodó es uno de los

## LAS FAMILIAS POLITICAS

más eminentes hombres de Gobierno que ha producido nuestro Régimen. Es justo que en torno a su labor se llegue a una completa claridad, especialmente en los aspectos más típicamente polémizados. Para explicar parte de esta polémica surgida en torno a López Rodó, debida quizá a su falta de «savoir faire», he recurrido muchas veces en estos últimos años al contraste de su actuación con la del político católico norteamericano John F. Kennedy.

Durante la campaña electoral para la Presidencia de los Estados Unidos, John F. Kennedy tuvo que afrontar muy a las claras, a lo largo de casi toda la campaña, el tema de su religión, que se había convertido en problema en una campaña anterior. El mérito mayor de Kennedy no estuvo en ganar las elecciones a pesar de ser católico, sino en que supo acabar con ese problema religioso. Kennedy convenció a su país porque le hizo ver, con su conducta, que su pertenencia a la Iglesia católica no llevaba consigo ninguna clase de subordinación o disciplina ajenas a la vida pública de los Estados Unidos. A la vez demostró, con hechos, que para ser católico no era necesario ni conveniente apoyarse en la Iglesia para formar grupo o familia política. Entiendo que Kennedy, con su conducta, hizo un gran servicio a los católicos de los Estados Unidos, no tanto por haberles evitado el inconveniente de ser discriminados en las elecciones a presidente, cuanto por lo que significó el que este tema dejara de ser polémico para la convivencia diaria en el trabajo, en el club o en los hogares americanos.

Tenemos cerca también otro ejemplo de «savoir faire» político: el que evitó —actuando con sentido de anticipación— que se levantara una polémica religiosa. Esto es lo que pasó en Alemania Federal, donde, si mal no recuerdo, cuando se estaba elaborando la lista de las personas que iban a formar parte del primer gobierno de coalición entre socialistas y demócratas-cristianos, decidieron cambiar a última hora un candidato a ministro porque, al ver el Gabinete en su conjunto, se dieron cuenta de que podía crear problemas de opinión pública la proporción en que iban a quedar en el Gobierno católicos y protestantes en relación con la que existe en aquel país. No lo hacían por exigencias de nada ni de nadie. Trataban sólo de actuar con prudencia política, evi-

tarse posibles reacciones y, sobre todo, no crear un problema donde no existía. No ha-

bia, pues, discriminación de ningún tipo, pero —eso sí— tenían en cuenta un dato.

En España el tema religioso en la política ha sido muchas veces polémico. Como ejemplos recientes, de naturaleza muy diferente, baste recordar la quema de iglesias en los comienzos de la República de 1931 o la reacción internacional a la acción de conocidas personalidades católicas a partir de 1945.

Los anteriores comentarios no explican en su totalidad el origen del tema polémico, pero hacen posible algunas reflexiones sobre el mismo, especialmente después de que, con la muerte de Zimbrants Carrero, han descaído hoy de la vida gubernamental en España todos sus hombres de confianza. Y consiste que me limito a señalar un hecho, que no crítico.

Es más, considero que hay que agradecer al equipo ministerial del presidente Carlos Arias que con el anunciado estatuto de asociaciones políticas y con su decidido criterio de selección homogénea contribuya a liquidar —confío que definitivamente— el dañino equívoco creado durante los últimos años. Era un falso problema que, correctamente entendidas las consecuencias del uso de la libertad personal, no debía siquiera haberse planteado. Afortunadamente el signo de los tiempos ayuda a mantener claramente diferenciadas la esfera de lo político y la esfera de lo religioso.

Por eso creo haría mal un gobierno que pretendiera discriminar a los españoles por cuestiones religiosas. Huelga decir que estoy seguro de que el actual no lo hará. A los principales miembros de este Gabinete les sobra talento político para no caer en lo que podría ser una trampa tendida por algunos de sus adversarios o, inconscientemente, por sus propios partidarios extremistas.

Bienvenido, pues, ese finiquito a la etapa de diecisiete años. Ha sido una etapa de progreso, de creación de instituciones, de preparación del porvenir con realismo y, todo ello, en la buena línea de la Historia de España. Pero por glorioso que sea un período necesita tener un final. Nada es eterno en este mundo. «No sé exactamente por qué —escribía hace poco en carta particular al ex ministro— me parece que resulta muy positiva para mí esta imprevista caída de telón.»

No sé si López Rodó o alguno de sus colaboradores ha querido formar grupo o «familia política» propia desde 1957 hasta 1974. Esta cuestión puede quedar para los historiadores. En cualquier caso creo que ahora no debería hacerlo. Entiendo que será bueno que todos tengamos en España la clara conciencia de que no tiene sentido crear una asociación política de género distinto a los sectores ya políticamente caracterizados en la vida pública.

Espereamos que en adelante quede liquidado para siempre este problema. Incluso me atrevería a afirmar que nadie quisiera que se hubiese planteado. Somos, en general, conscientes de que esta clase de polémicas en las que indbidamente se mezclan política y religión despiertan una gran pasión que, a la larga, no benefician a nada ni a nadie y en cambio crean en la conciencia pública confusiones que es bueno para todos que se esclarezcan de modo convincente y definitivo.

Luis VALLS TABERNER